

Crónicas de un **CORAZÓN** multicolor

Narrativas LGBTIQ+ de la UAM-C

Ana Granados
Briseida Rangel
Erika Medrano
Sofía Ramírez
Coordinadoras





UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA

Dr. José Antonio De los Reyes Heredia
RECTOR GENERAL

Dra. Norma Rondero López
SECRETARIA GENERAL

Mtro. Octavio Mercado González
RECTOR DE LA UNIDAD CUAJIMALPA

Dr. Gerardo Francisco Kloss Fernández
del Castillo
SECRETARIO DE LA UNIDAD

Dra. Ma. Dayanira I. García Toledo
COORDINADORA DE CULTURA

Lic. Gabriela E. Lara Torres
JEFA DEL PROYECTO EDITORIAL

D. R. © 2024 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa
Av. Vasco de Quiroga 4871, Col. Santa Fe Cuajimalpa
Alcaldía Cuajimalpa de Morelos, C.P. 05348, Ciudad de México
www.cua.uam.mx

ISBN: 978-607-28-3131-5

Edición fuera de comercio

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de los titulares de los derechos.

Hecho en México / Made in Mexico





Crónicas de un **corazón multicolor**

Narrativas LGBTQ+ de la UAM-C

Ana Granados
Briseida Rangel
Erika Medrano
Sofía Ramírez
Coordinadoras



Contenido

Introducción 7

La apariencia es la condena 9

El coronel Amelio Robles Ávila 13

¿Somos uno o somos dos? 17

¿Quién soy? 21

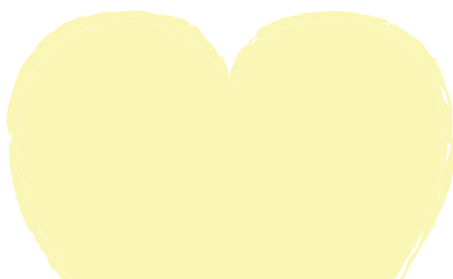
Mi amuleto 25

¿Qué hay al final de la calle Amberes? 31

Por siempre 35

El ánima de Miriva 41

En el fin del mundo 47



Introducción

Queridxs lectorxs, deseamos agradecer que decidieran aventurarse a leer esta recopilación de diferentes narrativas sobre y en torno a la comunidad LGBTQI+. Esta idea se creó porque sentimos la necesidad de abrir un espacio de conversación con el alumnado de la comunidad de la UAM Cuajimalpa, en donde algunos de nosotrxs pudiéramos expresarnos libremente, a través de nuestros pensamientos, al contar nuestros más grandes sueños, anhelos, deseos y, sobre todo, para enaltecer nuestras propias historias.

Creemos que es necesario grabar nuestras historias de manera permanente, para un desahogo, una catarsis para aquellos que pertenecen a la comunidad y exigen respeto e igualdad frente a toda la sociedad. Del mismo modo, para involucrar a aquel que quiera formar parte de este movimiento sin pertenecer a la comunidad, pero que tiene el deseo de enaltecer la voz de todxs aquellos que sí.

Este espacio fue habilitado para aquel que quisiera escribir y para aquel que quisiera escuchar, pues tenemos bastantes cosas que decir y esta compilación es muestra de ello. En realidad, recibimos menos escritos de los que nos gustaría admitir, pero eso no resta valor a aquellas personas que quisieron participar, lo comentamos porque esperamos que este proyecto constituya un punto de partida que inspire futuras iniciativas dentro de la comunidad de la UAM Cuajimalpa en temas LGBTQI+, al dar pauta a la creación de distintos espacios e incitando a una mayor participación del alumnado, cada vez más listx para compartir sus historias, las cuales seguiremos escuchando con mucho gusto.

Algunas veces, para soltar todo aquello que queremos decir, solemos sentirnos más segurxs escribiendo bajo el anonimato, es así que nosotras respetamos su decisión de permanecer con seudónimo y conservar el mensaje tan poderoso que quisieron mandarnos. Cada una de estas narrativas fueron deleitables para nosotras, mediante ellas podemos acercarnos a la comunidad LGBTQI+, pues son experiencias propias, cercanas e incluso nos encontramos gratamente con la tan anhelada y placentera ficción.

Cabe resaltar que esta recopilación de narrativas no es con el fin de sacar a nadie del clóset.

Mediante la ficción podemos recrear nuestro mundo, moldearlo a nuestro antojo y crear otro en el que podemos vernos incluidxs y ser los personajes de nuestras propias historias, que en muchas ocasiones sólo en nuestros más íntimos sueños podemos ejecutar, pero que siguen siendo un reflejo de nuestros anhelos más grandes.

Antes de finalizar, queremos aclarar que este libro fue realizado con absoluto respeto a la comunidad LGBTQ+, nuestra intención no es ofender a nadie que pertenezca a esta comunidad, sino todo lo contrario, queremos brindar un espacio donde la comunidad de la UAM-C pueda sentirse libre de expresar sus sentimientos y, sobre todo, queremos escuchar aquellas voces que no pertenecen directamente a la comunidad LGBTQ+, pero que tienen la necesidad de transmitir un mensaje al respecto, recordando que la inclusión y la diversidad sexual debe ser respetada. También queremos dejar claro que nuestro motivo no es tomar protagonismo acerca del movimiento, por lo que, si estás interesadx en el movimiento LGBTQ+, te invitamos a que te acerques a figuras pioneras que lo encabezan y que pertenecen a él.

Sin más que decir, esperamos que este libro transmita un mensaje positivo y que podamos acercarnos y aprender de la comunidad LGBTQ+.

**Con cariño,
Ana, Bris, Erika y Sophi.**

La apariencia es la condena

Creí que esto resultaría más fácil y resultó ser un desafío. En las siguientes páginas te darás cuenta de que escribir una narrativa sobre la comunidad LGBTQ+ no es tan sencillo como parece. Pero me agrada tener un espacio para expresarme y hacer visible que somos tan importantes como cualquier otro ser humano, no somos ningún bicho raro, sólo queremos el respeto hacia nuestra personalidad e identidad, no necesito que juzgues mis gustos, sólo quiero vivir sin etiquetas.

Hace más de un año cuestioné mis sueños, qué quiero para un futuro, y cómo las generaciones siguientes aceptarán la diversidad sexual. ¿Seré aceptado en cualquier lugar donde quiera echar raíces o seguiré escondiéndome de la sociedad heteronormalizada, en esta sociedad machista?

Desde niño sabía que era diferente del resto, porque el color azul no era mi favorito, yo prefería el color rosa, los juguetes para varones no me parecían divertidos; sin embargo, los juguetes para chicas sí que eran lo más top del planeta, pero nunca tuve mis propios juguetes, siempre que tenía oportunidad jugaba con las muñecas de mi prima y, de hecho, lo hacía a escondidas de mi madre.

Si supiera mi abuelo, el hombre más machista, que me pintarrajeaba cuando era un plebe yo creo que se vuelve a morir. Para ese viejito, a quien recuerdo con mucho cariño, siempre fui su varón favorito. Confiaba que sería igual de pícaro que él, pero si él supiera que sí soy pícaro, pero con hombres no con “viejas” como él les llamaba... Menos mal que no vive en esta época de mi vida en la que me encuentro, si no recibiría un sinfín de etiquetas de su parte, porque él no toleraba a los homosexuales.

Y si existe eso de que los difuntos todo lo ven, yo creo que mi viejo se está retorciendo, pues soy tan vanidosa que él no me aguantaría, no me pongan un espejo en frente porque tardo horas en él, debo

confesar que la vanidad la traigo en la sangre. Si continúas leyendo mi historia debes saber que yo me describo él/ella. Javier/Javiera. En sí, sólo es más vanidad que otra cosa, tampoco te pido que me comprendas.

Entre otras cosas, también fui aquel niño que tenía que convivir con varones porque si no lo hacía me tocaría sufrir *bullying*, viví mi infancia ocultando mis gustos. Fui el chico simpático de la familia al que en cada reunión familiar le preguntaban: “¿Hijo, por qué no traes a la novia? ¿Cuántas novias tienes? Suertudota la muchacha que te conquistó”. Aunque, por otro lado, la tía Vicky medio que sabía que no me gustaban las mujeres, porque me decía “eres muy afeminado, te cuidas mucho, qué vanidoso eres, ¿de verdad te gustan las chicas?”. Pero la tía Vicky sólo lo hacía por molestar, o a lo mejor ella era quien me quería sacar del clóset.

Pero eso no es lo más triste de mi historia, el desafío al que me enfrenté tuvo que ver con ser aceptado por mi físico. En una etapa de mi vida entré en depresión, ya no era el chico galán, delgado y guapo que mis tías admiraban. Al confesar mi amor por primera vez a un chico de último año de preparatoria fui rechazado por él y dejé de ser mi amigo, yo creí que nos entendíamos hasta aquel verano donde decidí confesarle que me gustaba y sólo me dijo: “no puedo corresponderte, no me busques más”.

Desde ese día entré en una depresión, subí de peso, dejé de ser vanidoso. Me convertí en el gordito simpático que le cae bien a todos, pero que ninguna chica quiere con él. Sinceramente preferí eso a que todas las chicas de la clase me pidieran el número para salir conmigo. Aparte de ser homosexual recibía un trato diferente por ser el gordito de la clase, me hacían chistes... en fin, era la comidilla de la escuela, dejé de buscar el amor dentro del colegio, decidí buscarlo por redes sociales, pero también fue una mala elección.

Básicamente en redes sociales salí del clóset, pensé que iba ser rápidamente aceptado por muchos seguidores que tenía una red social tan conocida, pensaría que en ese lugar eran más de mente abierta porque la mayoría de la gente que usa dicha red social son jóvenes, se supone que son más abiertos a todo tipo de temas, a diferencia de los padres. Hacer visibles mis sentimientos me llevó al infierno del que salí gracias a mi madrecita.

Viví una oscura etapa, como muchos de nosotros que no somos aceptados en esta sociedad. Cuando dije que era gay recibí comentarios de mal gusto, por ser gordo decían que no podía ser gay, que así nadie se fijaría en mí, incluso, aparte de ser gay, esperan un físico como el de Ricky Martin, tan atlético y guapo. Me clavé tanto en los comentarios ajenos que malgasté una parte de mi vida en donde pude ser feliz tal y como era, con mi aspecto físico.

Después de todo busqué ayuda, ya que mi alimentación era pésima, pude haber demostrado que el físico es superficial cuando se trata del amor, pero algo en mí decía “toda esta gente detrás de sus pantallas tiene razón”. Error mío por dejar que eso influyera, hoy no estaría aquí para contarles mi historia.

Luego de ese gran suceso y de ser el hombre homosexual que soy ahora, por no decir joto, (que me vale si la gente me dice de esa manera porque las etiquetas dejaron de importarme después de que yo mismo me acepté), obtuve buenos resultados, pasó como una clase de metamorfosis, soy el chico que nunca pensé ser. En este momento, recordar todo eso es como abrazar a Javier de la adolescencia y decirle: todo está bien, tu mamá te acepta, y con eso ya la hiciste.

Aprovechando este espacio, para aquellos que me lean, quiero recordarles que vivimos en una época de diversidad sexual en donde no podemos menospreciar o juzgar a otras personas que no somos nosotrxs, debemos respetar a todos, todas y todes. Decir que “amor es amor” ya no es suficiente, ahora es aceptar tu propia identidad y respetar la identidad de los demás.

Javierita

El coronel Amelio Robles Ávila

Voy a contarles la historia de uno de mis antepasados, quien dejó plasmada su huella en la historia de México. Corría el año de 1889; para ser exactos era el 3 de noviembre, en el rancho de la familia Robles, ubicado en la sierra de Xochipala, Guerrero. Se encontraba una mujer de nombre Josefa a punto de dar a luz, fue atendida por una partera y, después de un buen rato, nació una mujercita. Casi-miro, padre de la pequeña, esperaba la buena noticia, tomó a su pequeña en sus brazos y al mirarla decidió llamarla Amelia.

El padre de esta niña era dueño de varios terrenos, una fábrica de mezcal y también fungió como ayudante de la comisaría por un tiempo. A los pocos días de nacida, la mamá de la pequeñita la llevó a bautizar con la idea de quitarle el pecado original y para que fuese una buena cristiana. Se dice que las únicas personas que la acompañaron fueron su abuela y una tía, quienes fueron sus madrinas; cuando el sacerdote preguntó el nombre que eligieron para la niña, su mamá respondió: Se llamará Amelia. El sacerdote, no muy conforme, le agregó el nombre de Jesús, quedando su nombre como Amelia de Jesús Robles Ávila.

Amelia estudió la primaria y la educaron en un ambiente católico, pertenecía a la Sociedad de la Hijas de María de la Medalla Milagrosa, su madre le enseñó las labores de las mujeres de aquella época, lavar, cocinar, coser y demás “quehaceres de las damitas”. Conforme iba creciendo empezaron a llamarle la atención actividades que, en aquella época, no eran practicadas por niñas, gustaba mucho de sentirse libre en el campo, montar a caballo, domar animales y también el manejo de las armas. Amelia tuvo el infortunio de perder a su padre a la edad de tres años, y su madre volvió a contraer matrimonio con un trabajador del rancho.

Yo creo que estos acontecimientos la hicieron más fuerte para lograr desarrollarse y defenderse, y la ayudaron a tomar decisiones que

cambiarían mucho su vida. Era una jovencita aguerrida, rebelde y de carácter. Cuando las guerrillas de la Revolución llegaron a su pueblo, no lo pensó tanto y tomó la decisión de unirse e irse con ellos, ella decía que por fin sentía esa libertad que tanto anhelaba.

Sus primeros trabajos dentro de las tropas fueron enviar y llevar mensajes, también robar armamento para la lucha. Tenía la conciencia de que aquello sería considerado “una locura”, pero poco a poco se dio cuenta de lo que significaba la Revolución y se convenció de que la causa valía la pena. Fueron innumerables batallas en las que Amelia participó, victoriosa con sus tropas ya a su mando. Sus mismos compañeros de las tropas zapatistas le dieron el nombramiento de “coronela”.

Cuando Amelia tomó la fuerte decisión de cambiar su persona de mujer a hombre pidió a sus tropas que lo llamaran coronel. Su cambio fue totalmente radical, tomando las poses de un hombre, su vestimenta, sus gestos, sus modales, su caminar, tomó la apariencia de un gran señor, todos debían respetarlo tal y como era, hay de aquel que se burlara o que lo llamara coronela, porque a punta de pistola lo hacía que lo respetaran, por él quería ser transgénero desde pequeña.

Con su cambio de apariencia, se agudizó más su gusto por las mujeres, tuvo varias parejas, pero con quien tuvo una relación duradera y adoptó una hija fue con Angela Torres, originaria de un pueblo llamado Apipilulco, en el estado de Guerrero. Cuenta mi abuelita que se le veía llegar al pueblo de Apipilulco y caminar por sus calles para llegar a casa de su tía Angela Torres. Al principio mi abuelita no sabía de la relación que tenían ellos, hasta que fue más grande y resultó que mi abuelita se casó con el sobrino nieto de Amelio.

El coronel Amelio, aún no tenía una identidad que lo identificara como un hombre, por eso, y para poder realizar trámites en las fuerzas armadas, elaboró un acta de nacimiento falsa que lo acreditaba con el nombre de Amelio, de género masculino, por lo que esto le valió en ser el primer hombre transgénero registrado y reconocido por el Estado.

En 1970, fue condecorado como veterano de la Revolución Mexicana y Legionario de Honor del Ejército mexicano. Al regresar a su pueblo, Amelio trabajaba su tierra y se dedicaba al ganado. A pesar

de ser un hombre duro y recio, él era muy católico, dice la familia que todos los días dedicaba tiempo para rezar.

Para Amelio Robles, su mayor logro en la vida fue haber sido reconocido como un hombre, pues la época en la que él vivió eran muy marcados los estereotipos y no era sencillo ser aceptado como homosexual y menos ser reconocido como transgénero. Debido a esto, y gracias a la gran determinación que tuvo para defender su identidad de género, Amelio Robles es considerado hoy en día como un precursor de los derechos humanos de las personas pertenecientes a la comunidad LGBTQ+, pues su lucha ayudó crear un precedente para la no discriminación de las personas transgénero, además, de que ayudó a salvaguardar su libertad.

Por último, en Xochipala, Guerrero, cuna de nuestro coronel, se abrió en su honor una Casa Museo, nombrada Amelia Robles, y una escuela de la región que también lleva el gran nombre de “coronel Amelio Robles”.

Amelio Robles fue muy reconocido en la guerra de Revolución, y también fue él quien estaba creando el camino para el reconocimiento de la identidad sexual. Para mí es un total orgullo tener sangre de alguien que no sólo fue un gran soldado de guerra, sino que además impulsó nuestra forma de ver a las personas, y cómo nosotros decidimos ser lo que somos.

Se ha dicho que, por desgracia, su historia ha quedado en el olvido y, ahora más que nunca, es importante recordarlo, ya que él marcó un antes y un después para la comunidad LGBTQ+. Para mí siempre será el bisabuelo Robles.

Daphne Nayeli Galindo Montiel

A

En lo oscuro observaba con melancolía,
En la luz aparentaba felicidad que se
desvanecía con la opinión.
El señalamiento directo lastima, pero
lastima más el abismo.

¿Somos uno o somos dos?

Estábamos sentados todos en círculo platicando, no recuerdo en qué momento la conversación se tornó sobre experiencias sexuales, me limité a guardar silencio, pues nunca he tenido mucho que aportar al tema. En el fondo pensaba: “así que a esto se juntan las personas de mi edad”, “ya quiero irme de aquí”. Cuando me preguntaron directamente qué es lo que más me gustaba del sexo, simplemente podría decir la verdad: que mi campo en esas experiencias es nulo; sin embargo, dije: “no lo sé, ¿todo?”. Creo que para alguien cuerdo sonaría como “nunca le ha pasado nada”, pero para ellos no fue así y la insistencia continuaba, pretendían entender, pues, aunque nunca he tenido proximidad a nada de eso, no soy una chica estúpida (bueno, lo pongo un poco en duda a veces) y no pensaba ventilar mi vida privada ante un grupo de personas que apenas conocía, aunque no hubiera mucho o nada que contar.

Podría describir ese día como uno de los peores de mi vida, nunca me había sentido tan incómoda en un lugar y, no, nunca he tenido problema con que la gente hable abiertamente de su sexualidad; además, que el sexo se dejó de ver como un tabú es bueno, pero creo que si tú estás hablando de ello no debes obligar o presionar a los demás a contarte.

En fin, pienso que muchas de las cosas y experiencias vividas por diferentes personas de mi edad son abismalmente diferentes a las mías, con seguridad puedo decir que en la vida sólo me ha gustado una persona, aunque pensándolo bien no creo que me haya gustado. Tal vez sólo era algo platónico y como nunca hubo un acerca-

miento romántico nunca lo sabré y tal vez así está mejor. De cierta manera me reconforta saber que “me gustó” alguien con sólo verlo. Después de eso llegó un gran cuestionamiento: qué es lo que me gustaba y cuál era “mi tipo”; de entrada, me reducía a sólo lo “masculino”, pero ese no era el mayor problema, sino que me sentía forzada a que las personas me tenían que gustar, porque era algo normal. Cuando las personas me querían conocer de forma romántica, en plan “andemos”, finalmente me sentía mal por no poder corresponder. Justo ese sentimiento me llevó a considerar que tal vez había algo malo en mí, pues a veces me la pasaba soñando con mi romance adolescente, pero cuando estaba a punto de vivir mi romance o mi decepción amorosa yo retrocedía, porque realmente ¿no lo quería lo suficiente? Hubo un gran odio hacia mí misma y mis sentimientos, me sentía fuera de lugar en las etapas donde todas mis amistades tenían pareja y yo estaba ahí amando platónicamente a alguien que ni conocía.

Gran parte de mi vida se había reducido a creer que yo iba a vivir sin amor, sin romance y más que nada estaba molesta conmigo, porque una parte de mí suponía que tal vez era muy exigente para elegir pareja, pero a la otra parte le repugnaba el acercamiento y realmente estaba convencida de que no quería a nadie. Y en este punto comencé a escuchar los diversos señalamientos de las personas a mí alrededor y a considerar que tal vez, sólo tal vez, sí era lesbiana como todxs habían señalado, pero por más que hubiera querido (igual no estoy tan lejos), una parte de mí anhelaba decir “soy totalmente lesbiana y por eso estos sentimientos de confusión que no me dejan en paz”.

Pero no, creo que, como todxs, a veces uno en el abismo logra comprenderse un poco mejor y a darle nombre e identidad a los sentimientos. Si bien gran parte de mi vida me la había pasado buscando y alejándome del amor, puedo comprender que el amor se encuentra en todas partes, en la música, en las series, en los libros, etcétera, y pienso que eso a veces complica todo, porque ¿si el amor está en todas partes, por qué yo no puedo tenerlo? Pero el amor va más allá de la pareja con la que decidas estar, el amor está en las amistades, en la familia (en ocasiones) y en personas que poco a poco se convierten en parte de tu vida y te llenan de amor. Como persona aroace a veces me es inevitable caer en lo mismo, pero supongo que

el descubrimiento de la identidad de uno consiste en cuestionarse y al final del día amarse, si bien no somos parte de la heteronorma, las expresiones de amor y cómo éste se vive es universal, cada persona tiene su propia marca al amar.

Me gustaría dejar en claro que todas las personas con aspecto asexual y/o arromántico viven su sexualidad y romanticismo desde su perspectiva, podemos llegar a sentir atracción sexual por diversas personas, siempre que se establezcan vínculos afectivos, así como podemos sentir aprecio. No somos personas sin sentimientos y sin vínculos afectivos, sólo que cada quien vive el amor desde su propio amor. Esta es sólo mi historia.

A.M.

¿Quién soy?

¿Alguna vez te has preguntado quién eres? Si lo has hecho me imagino que sentiste como si fueras una clase de filósofo o filósofa, encontrando respuestas y comparándote con otras personas. Sin duda, hacerte esa pregunta siempre te llevará a más cuestionamientos, y quién sabe si logres una respuesta clara, o quizás encuentres algo abstracto, algo que no tiene sentido ni respuesta, al menos a mí eso me sucedió.

Aquí doy pie un poco a lo que me describe como persona parte de la comunidad LGBTQ+. Todo comenzó un verano, justo en ese momento que convives más con la familia y las vacaciones te dan mucho espacio para pensar; mis amigos se encontraban en sus vacaciones de ensueño y yo solamente tirade en el sofá, leyendo literatura romántica, pensado en cómo sería mi historia romántica y cómo podría vivirla si realmente no sabía cuáles eran mis gustos.

Sólo si pienso que el amor debe sentirse como un hueco vacío, al menos eso dicen algunos libros cuando la protagonista encuentra a su primer amor y el drama inicia después de que ella no deja de pensar en él. Traté de recrear una de las mejores escenas de las películas homosexuales, donde el chico guapo o chica guapa es gay, pero como no he experimentado el sentimiento del amor ni el coqueteo no sabía cómo acercarme a las personas y qué se hace para llamar la atención de quién te gusta. Entonces, busqué un manual de cómo coquetear con el chico o chica que parece ser tu vecina, lo primero que hice fue saludarla, así sabría quién soy y en dónde vivo, para mí eso fue un gran avance.

Para no hacer muy larga la historia, después de nuestro primer encuentro quedamos de vernos cerca del parque para charlar y conocernos, ¡y qué les cuento!, coincidía mucho con esta persona. Teníamos demasiados gustos musicales similares, por ejemplo, la icónica Lady Gaga, sólo por mencionar una artista; yo estaba de lo más feliz porque sentía que era la persona indicada para vivir un idilio como en la literatura de romance. Seguimos conociéndonos y poco tiempo después me presentó a su amigo, un chico muy lindo,

por cierto; quedé sorprendido al verlo y luego de ese día no podía dejar de pensar en él. En más ocasiones volvimos a coincidir, resultamos ser el típico trío de amigos inseparables, pero cada que veía a John mi corazón latía a mil por hora, eso suena muy exagerado, lo entiendo, pero fue algo que jamás había sentido.

Después de la gran aparición de John en mi vida ya no sabía qué hacer, aunque todavía me emocionaba ver a Jenny tanto como el primer día que la conocí en el parque. Ninguno de ellos sabía que yo me encontraba envuelto en un dilema. Hasta que Jenny me dijo que era la persona más atractiva que había visto; yo, ¿qué podía responder a eso? Lo tomé como una declaración de amor y fue entonces que salimos a escondidas de John, nos volvimos una de las parejas que convivían todo el día, llegaba a mi casa y veíamos películas, pasábamos tanto tiempo cerca que ya parecía que Jenny vivía ahí.

Luego de varios días, John insistía en que saliéramos al parque de diversiones juntos los tres, como en los viejos tiempos, pero cuando nos reencontramos Jenny y yo tomamos una gran distancia; todo para que John no sospechara nada, y cuando John llegó al parque de diversiones mi corazón volvió a latir rápidamente, eso nunca me pasa con Jenny. Aquel día la pasamos genial, a casi todos los juegos me subí con John, porque a Jenny le daban mucho miedo las alturas.

Yo estaba de lo más encantado, después jugamos tiro al blanco y el chico lindo ganó un peluche para mí, así que me lo dio y eso me hizo aún más feliz, hasta parecíamos una pareja, aunque él y yo solo éramos amigos. Ese día, la única que no estaba feliz era Jenny; pensé que se encontraba en sus días, pero, en sí, ella parecía muy molesta. Cuando John fue a comprar comida, yo le pregunté si le pasaba algo, ella dijo que no quería seguir con este jueguito, que mejor todo volviera a ser como antes; yo no entendía qué había hecho mal. En ese momento finalizó mi primer amor, un amor que conocí en verano. Todo pasó tan rápido, desde que nos conocimos y nos hicimos novias hasta lo poco que duró, me pregunté porque Jenny no dejó que lo intentáramos nuevamente sin escondernos.

Luego de ese suceso todo cambió y, para mí al menos, la distancia entre Jenny y yo era demasiado difícil; ya no respondía los mensajes, no reaccionaba a los *post* que subía, era como si no existiera en este planeta. Pasaron así muchas semanas hasta que recibí un mensaje

de Jenny, ella nos invitaba a su casa para que viéramos una serie gay que estaba de estreno. Yo no quería ir, porque sabía que las cosas no estaban bien con ella, sentí que no quería verme y qué raro que tu ex te quiera ver de nuevo.

Fui la primera en llegar a su casa, no cruzamos ni dos palabras cuando llegó John, me sorprendí lo mucho que había cambiado después de la última vez que nos vimos, era aún más lindo, ya no podía seguir escondiendo lo que sentía por él. Así que no tenía que dejar pasar más tiempo, luego de terminar ocho capítulos de la serie nos fuimos de la casa de Jenny; ese día empezó a llover de la nada, recuerdo que el chico lindo me dio su suéter para que no me mojara y corrimos hasta mi casa. Justo al llegar a la puerta, sentí una química muy intensa que no puedo explicar; esa misma noche le declaré mis sentimientos; su reacción fue extraña, por un momento pensé que me iba a rechazar, pero fue todo lo contrario, yo estaba viviendo el sueño de toda chica que besa al hombre de sus sueños bajo la lluvia. Luego del gran beso de película, todos los días salimos, no nos importaba tomarnos de la mano en público, porque sentíamos que éramos la pareja común heterosexual.

Pasamos los días más felices hasta que decidí confesarle que no sabía cómo sentirme, porque había estado en una relación secreta con Jenny, pero que también me gustaban los hombres, por lo que no sabía cómo identificarme, no estaba segura si yo era él/ella. Después de ese día volvió a cambiar el contexto de mi vida.

El chico lindo me había confesado que le pasaba lo mismo; me explicó que también tuvo una relación gay y que Jenny era su amiga porque lo entendía. Luego de salir del clóset, Jenny le presentó al primer chico con el que tuvo su relación gay, después de escucharlo entendí porque Jenny nos invitó a ver una serie gay, no era tanto por querer ver a su ex, sino que me quería demostrar que John también era gay, nunca supe si hizo eso por venganza o sólo no quería que me fijara en John, porque seguro ella sabía que el chico lindo me gustaba desde el día que me lo presentó.

Al final de mi declaración gay con mi actual novio entendí que no me identificaba con ningún pronombre, no sabía si era lesbiana. John me entendió demasiado, no juzgó sobre la denominación de ser género no binario. Nuestra relación estaba siendo demasiado

perfecta, ambos estábamos conociendo quiénes éramos, habíamos experimentado, sabíamos que éramos los peores amigos por fallarle a Jenny, pero en el corazón no se manda.

Pasaron algunos días cuando empezó el rumor de que yo andaba con un chico gay, que mi noviazgo era una farsa y ambos sufrimos con todas las críticas, por lo que tomamos la decisión de dejar la relación y sólo ser amigos.

Después de todo, el chico lindo y yo terminamos siendo los mejores amigos, él inició una relación con un chico de su mismo instituto, Jenny también era feliz y se comprometió muy joven. Me daba felicidad ver a mis amigos bien, pero yo no lo estaba, porque seguía confundido por no saber quién era; llegué a suponer que todo era una etapa y que pronto tendría respuestas sobre quién soy. Nunca logré encontrar esas respuestas, porque puede parecer fácil decidir la preferencia sexual o cómo quieres que la gente se dirija a ti, pero no es así. Después de todo continué experimentado y conociéndome más; al parecer, todas las personas crecen descubriendo sus gustos de cualquier tipo, ya sea género de música, el gusto por la vestimenta o como en mi caso. El gran consejo que les doy es que amen con el corazón y conserven los gustos que prefieran, no tienen por qué cambiarlos si a los demás no les parece.

Ana Laura Granados

Mi amuleto

Las luces se apagaron y una oscuridad llenó por completo el lugar. Se escuchaba el murmullo y los pasos de la gente tratando de acomodarse lo más cerca al escenario. Yo no me moví de mi lugar, estaba en una esquina cerca del bar, lo que me daba también una buena vista del escenario; un gafete colgaba de mi cuello en el que se leía, con letras grandes y rojas "VIP". Aunque no había ningún espacio exclusivo para disfrutar del concierto, el pase era más una formalidad que te daba acceso a los camerinos y, por supuesto, a la barra libre. Alguien golpeó mi hombro y tiró un poco de su bebida en mi vestido, maldije por lo bajo y miré al chico que había ensuciado mi ropa, ni siquiera se molestó en disculparse. Pasé mi mano por la tela sintiendo el lugar donde me había mojado.

Había pasado más de dos horas eligiendo mi atuendo, no recordaba cuándo fue la última vez que puse tanto esfuerzo en cómo me veía, ni siquiera cuando salía con mi novio, pero esta vez quería lucir bien, quería verme bonita para ella. Ahora mi vestido estaba arruinado y probablemente olía a cerveza, si tenía suerte el olor y la mancha se desvanecerían antes de que terminara el concierto.

El sonido de una batería resonó con fuerza y la cortina que ocultaba el escenario cayó al piso mostrando a la banda. Los gritos de la multitud acompañaron a la batería y pronto las guitarras también comenzaron a sonar. Entonces su voz llegó a mis oídos y fue lo único que pude escuchar. La vi de pie ahí, ante una multitud, el lugar no era tan grande, pero sí lo suficiente para que se escucharan cientos de voces cantando al unísono con ella. Se movía por el escenario como si le perteneciera, todos los ojos estaban puestos en ella, la vi mirar por cada parte de la multitud como si buscara a alguien hasta que sus ojos encontraron los míos. Una sonrisa se asomó por detrás del micrófono que sostenía cerca de su boca y mis piernas de pronto me fallaron y se sintieron débiles, me guiñó un ojo y su sonrisa se hizo más amplia cuando le sonreí de vuelta.

Aura imponía su presencia en el lugar, podías sentir su energía y te llevaba con ella a un estado de euforia, eso fue lo que llamó mi

atención desde que la conocí cuando éramos niñas. Siempre fue una chica extrovertida y me llevaba de la mano con ella, por eso cuando se unió a una banda y me dijo que sería la cantante principal supe que su música llegaría a mucha gente por el simple hecho de ser ella.

Y aquí estaba yo, siendo testigo de cómo perseguía su sueño mientras me llevaba una vez más de la mano, porque decía que yo era su amuleto de la suerte. Tal vez tuve que haberme dado cuenta desde antes que esta amistad era algo más, que todo esto que sentía por ella ya no sólo se trataba de un amor de amigas, pero, ¿cómo iba a saberlo? Para ella tal vez era fácil, siempre fue abierta respecto a su sexualidad y tuvo muchas novias a lo largo de estos años, y eso que sentía en mi pecho cada vez que la veía de la mano con una chica diferente no sólo eran celos, porque se estuvieran llevando a mi amiga, era porque yo quería ser esa a quien tomara de la mano. Ahora lo sabía y sólo me bastaron unos diez años de amistad y una pelea con mi exnovio para darme cuenta.

La noche que mi ex terminó conmigo, Aura había llevado a su nueva novia al departamento que compartía con otra chica de la banda, y yo estaba furiosa de pensar que estarían ellas dos solas, así que no dejé de quejarme durante la cita con mi ex, hasta que se hartó de mí.

— ¿Por qué no admites de una vez lo que ambos sabemos?, me gritó cuando salimos de aquel bar, tal vez el alcohol le había dado la valentía para hablarme así.

— ¿Qué?

— ¡No te hagas la tonta, Olivia! Es obvio que te gusta ella.

— Estás borracho. Vámonos, le respondí, tratando de esquivar el tema.

— No. No me pienso mover de aquí hasta que no aceptes lo que está pasando. Pensé que tu actitud por ella era porque realmente la quieres, pero lo que quieres es estar con ella, no conmigo. — Me miró de una forma que jamás olvidaré porque había rabia y decepción en sus ojos.

— No puedo seguir fingiendo que no me doy cuenta. No me merezco esto.

— ¿Qué estás tratando de decir? — Ya sabía a qué se refería, pero quería escucharlo.

— Esto se terminó, Olivia. Resuelve cualquier cosa que tengas guardado, pero hazlo sin mí. Si no te quieres dar cuenta es tu problema, no el mío.

Se dio media vuelta y se fue. Me quedé sola a la mitad de la calle viendo cómo se alejaba. Hasta que llegué a mi casa empecé a reflexionar lo que me había dicho. ¿Me gustaban las mujeres? ¿Me sentía atraída hacia mi amiga de una forma romántica? ¿Pero cómo podía ser posible? Sabía que no era lesbiana porque, bueno, me gustan los hombres, de eso estoy segura. ¿Existía la posibilidad de que me sintiera atraída por ambos?

Después de ese día había puesto toda mi atención y esfuerzo en descubrir si lo que sentía por Aura era algo más que sólo una amistad, ya lo sabía, pero una parte de mí no quería aceptarlo. Tenía miedo. Pero tenía más miedo de no poder expresar lo que sentía por ella. Me gustaba Aura, quería estar con ella, que me tomara de la mano y que me cantara a mí todas las canciones que escribía, antes que a nadie más; quería poder besarla y decirle lo mucho que me gustaba. Y eso era precisamente lo que iba a hacer. Si no había leído mal todas sus actitudes hacia mí, estaba un cincuenta por ciento segura de que yo también le gustaba; no era mucho, pero tenía que intentarlo.

Cuando su presentación terminó no fui directo al camerino; la idea de ir allá y decirle que no podía dejar de pensar en ella hacía que me diera un vuelco el estómago. Me detuve en el bar una vez más y pedí un trago, y luego otro y luego otro. Me tuve que obligar a dejar de tomar, quería recordar cada minuto de este momento y una Olivia borracha no era una buena idea.

Empujé una puerta que tenía un letrero en el que se leía “salida de emergencia”; no estaba con su banda cuando ingresé al camerino, así que lo más probable era que estuviera fumando. Cuando salí, la vi recargada en la pared mirando al cielo. No me miró, pero sabía que se había dado cuenta de mi presencia. Me detuve a su lado y la miré. Estaba tan bonita. Su cabello le llegaba a los hombros y las puntas estaba pintadas de rosa. Después de unos segundos me miró a los ojos y me sonrió.

— Estuviste genial allá afuera, — le dije sin despegar mis ojos de los de ella. — Claro que sí; mi amuleto de la suerte estaba ahí, — me dio un pequeño golpe en mi nariz y me reí como una tonta.

— Aura... yo..., — me moví nerviosa y miré mis pies, de pronto toda esa seguridad que había estado acumulando hace unos minutos se esfumó.

— ¿Qué pasa?, — me miró preocupada y se acercó más a mí, despejándose de la pared. Me tomó de la mano y buscó mi mirada.

— No sé cómo decirte esto. Lo he pensado mucho, pero no encontré una forma de decirlo sin que exista la posibilidad de que me dejes de hablar o de que ya no quieras saber nada de mí. Así que solo lo diré. Si esto es demasiado te pido que me perdones y si no es recíproco, entonces olvidaremos que alguna vez dije algo, ¿sí?, — la vi tensarse un poco y me miró confundida, pero no dijo nada. Así que respiré profundo y decidí terminar con esto de una vez.

Me gustas mucho, Aura; no sólo como amiga. Es decir, me gusta ser tu amiga, pero no quiero sólo eso. No sé por qué no me había dado cuenta antes, pero me gustas y quiero estar contigo. Si tú no sientes lo mismo, por favor olvida que dije algo y sigamos como si nada, ¿okay? Bien. Hay que entrar entonces, tu banda te debe estar esperando.

Antes de que pudiera irme, Aura me jaló de la mano y me obligó a quedarme donde estaba. No la podía ver a los ojos. ¿Por qué había creído que esto era buena idea?

¿Declararse a su mejor amiga? ¿Quién hace eso?

— ¿Puedo decir algo?, — escuché un poco de diversión en su voz.
— Mírame, por favor.

Cuando por fin levanté la mirada pude ver emoción en su rostro. ¿Se iba a burlar de mí?, que lo hiciera rápido para poder ir a llorar a mi habitación.

— Pensé que este día nunca iba a llegar.

La miré confundida y se rio por mi expresión, después de unos segundos entendí qué quería decir y antes de poder responder se inclinó y me dio un beso. Fue rápido, pero mi corazón se aceleró al

sentir sus labios contra los míos. No. Yo quería más. Así que pasé mis brazos alrededor de su cuello y me puse de puntitas para besarla. Puso sus manos en mi cintura y me acercó más a ella como si fuera posible estar aún más cerca. En ese momento supe que no quería estar en ningún otro lugar más que con ella. Ahora sólo quedaba una cosa más... ¿cómo le dices a tu familia que eres bisexual?

Mónica Michel Mendoza Hernández

¿Qué hay al final de la calle Amberes?

Un faro al final de la calle Amberes me recuerda que el tiempo que ha pasado ha sido demasiado. ¿Alguien me habrá visto? Comienzo a mordirme las uñas rápidamente y a dar giros sobre mis talones. El insignificante zumbido que emite la linterna me enloquece y hace que mi respiración se agite incontrolablemente. Comienzo a jugar con mi cabello, de tal manera que pienso que me he quedado calvo. Me detengo en seco instantáneamente al escuchar un sonido proveniente del otro lado de la calle, ¿será que...? Es... no, no. Sólo es una rata más uniéndose al festín de comida que se desborda del bote de basura.

Festín, sí, un festín es donde le conocí, lucía tan hermosa, lo recuerdo como si fuese ayer, cabello castaño ondulado hasta la cintura, un labial tan chillantemente rojo que resaltaba aún más sus carnosos labios, unos guantes fuera de moda color perla que entonaban sus delicadas manos y un vestido terriblemente horrendo con olanes color amarillo que le sentaba moleestamente a la perfección. ¿Cómo es posible que un vestido tan horrendo le ajustara así? Recuerdo la primera vez que usé un vestido, fue una tortura de principio a fin, recuerdo lo incómodo que me sentí, tan aprisionado, tan enjaulado, estaba muy ajustado. Siempre pensé que usar un vestido era como una clase de tortura y, aun así, a ella no parece importarles usarlos, es por eso que pagaría cada centavo que tengo para que ella siempre usara vestidos tan horrendos como el de olanes amarillos.

El ruido al final de la calle Amberes me saca de mis pensamientos, poco a poco distingo una figura humana que se apresura hacia mí. Cuando logro distinguirla corre en mi dirección desenfrenadamente.

— Me están persiguiendo, tenemos que irnos ahora.

— ¿Quién te sigue?, pregunto enojado.

— Marcus, respondió agitada, me tomó de la mano y me llevó a toda velocidad por la calle.

Marcus era el tipo más fastidioso del mundo, un patán con pies y cabeza, gracias a su estatus social había podido conquistarla, por no decir adquirir la mano de ella. Yo no sabía que estaba enamorada de ella, no al menos hasta tres meses después de que se casaran, nuestra relación surgió eventualmente cuando nos frecuentamos debido a la amistad de nuestros esposos. Mi matrimonio se terminó tan rápido como comenzó, al no poder tener hijos pasé a ser la esposa oficial, pero no su interés principal, así que mi deber era conservar una imagen de mujer perfecta, tan impecable que fuera digna de portar el apellido de toda una gran dinastía. El problema de siempre es que yo nunca me sentí como una mujer y menos impecable como todos querían que fuera.

— ¿Cómo fue que te siguió?, pregunto.

— Estaba por irme cuando entró a la casa, enfurecido, diciendo que Jonathan le había informado que le habías dejado, ha intentado detenerme, pero le he dicho que no tengo nada que ver con esto.

Me dice apresuradamente con una cara de preocupación que no puede ocultar, a pesar de sus grandes esfuerzos. Me detengo en seco, comienzo a agitar los brazos con desesperación y le digo:

— Debes regresar a casa, no puedes dejar todo atrás por esto, no lo permitiré.

Ella voltea un poco confundida y me mira con ternura, con esa mirada que me confunde y tortura a la vez, me enoja el poder que tiene sobre mí, simplemente soy débil a su mirada. Ella me conoce mejor que nadie, incluso que yo mismo, de hecho, ella lo supo antes que yo, sí, lo supo antes que yo. Fue un día de la anterior primavera, me encontraba sentado frente al espejo, totalmente desnudo, contemplando mi cuerpo, cuando entró por accidente en mi habitación. No dijo una palabra, sólo me miro, acarició mi pelo y me susurró al oído: “Pronto podrás ser libre”.

Recuerdo haber llorado como un bebé después de sus simples palabras, ella sabía perfectamente que esa no era yo, que había algo más debajo de mis comportamientos poco femeninos, que no era

un capricho mío, simplemente no era yo mismo. Me dejó pensando. ¿Cómo es posible que cuatro palabras hubieran tenido tanto impacto y transformación en mí? Después de que me tranquilicé un poco, agarró unas tijeras del tocador y cortó mi cabello lo más que pudo, me ayudó a vestirme con el traje de Jonathan que sabía que me gustaba, y cuando por fin me miré al espejo, por primera vez, después de veintiocho años de vida, finalmente pude ver mi verdadero yo.

— Sabes que no volveré, esa no es más mi vida. Mi vida pertenece al lado tuyo. Me dice con el tono más suave que puede existir y me regala un beso en la frente.

Sostuvo mi mano en la oscura y fría calle. A pesar de que hacía demasiado frío, sorprendentemente cada paso se sentía más caliente, más ligero y liberador. Cuando estábamos por llegar al final de la calle, se escuchó un auto, era Jonathan.

Cuando llegó a donde nos encontrábamos, se bajó del auto con calma, sacó una pequeña pistola plateada de su hermosa gabardina café y la dirigió hacia mí. En ese momento lo supe, y ella también. ¡No! Nunca podré ser libre, nunca podremos ser libres... Aunque eso no era cierto, yo ya era libre.

Briseida R.

Por siempre

Las malas lenguas siempre dicen que uno nunca está conforme con la vida que le tocó vivir, dicen que añoras lo que no tienes y desprecias lo que sí. Yo viví por muchos años con el deseo de alcanzar lo inalcanzable y, por lo tanto, puedo confirmar esta teoría, pues hace muchos años encontré un tesoro divino, uno que pensé nunca podría poseer, en ese entonces era algo inevitable, ni mi riqueza, ni mi corona, ni todo el poder hubiesen podido ayudarme a conseguirlo. Para mí fortuna, al final sí pude tenerlo, aunque no fue precisamente como yo hubiese esperado.

Mi nombre es André Bélanger, el único hijo varón de mi padre, el rey, cuya pequeña y casi desconocida nación yace en una isla en medio del mar, apenas siendo reconocidos en el mapa. Las esperanzas y sueños de mi padre para alcanzar un mayor poder recaían en que yo lograra desposar a una princesa de un reino poderoso, cuya economía asegurara nuestra supervivencia y nos brindara aliados con quienes contar en caso de que una guerra llegase a desatarse.

Después de trece mujeres, con quienes tuve el gusto de conversar, y después de haberlas rechazado a todas, mi padre, se dio por vencido conmigo y decretó que él mismo sería el que eligiera a mi futura esposa, sin importar que me gustase o no. Habría querido poder explicarle que la mujer más hermosa, salida de la fantasía del más exigente hombre, no sería suficiente para despertar en mí la mínima fascinación o deseo; y que ni siquiera la mujer más noble lograría hacer que le entregase mi corazón, pues éste ya tenía dueño.

Sí, un hombre, un joven y hermoso doncel, quien era el encargado de seguirme a todas partes para mi asistencia. Sus ojos eran una noche estrellada y, aun siendo oscuros, brillaban como si por dentro contuvieran todas las estrellas del firmamento, su cabello negro le caía en suaves ondas por su frente, aun cuando a él le molestaba, a veces no lo cortaba en meses, y a mí me gustaba fantasear pensando que lo hacía sólo porque sabía que a mí me gustaba así.

Pero, sin duda, lo que más amaba de él era escucharlo cantar, porque lo hacía sólo para mí, su voz era digna de escucharse, estoy

seguro que los mismos ángeles del cielo guardan silencio para poder escucharlo. Mientras cantaba, yo me dedicaba a observar fascinado. Él tiene varios lunares que adornan su blanca piel, pero de entre todos hay uno en particular que amo, se encuentra justo debajo del labio inferior de su boca, altivo, se burla de mi deseo de querer probarlo. Su nombre es Joan Bonnet, lo conocí desde que éramos niños, y desde entonces pensaba que era hermoso.

Con el paso de los años llegué a saber qué es lo que le gustaba, lo que le desagradaba, conocí sus miedos, sus deseos, y descubrí que tiene un corazón tan noble y puro que su valor no podía ser comparado con todos los tesoros de mi padre. Sabía bien que no era digno de él, que aquellos pensamientos que tenía no eran correctos, había crecido escuchando al respecto, las palabras que oía de vez en vez a través del cotilleo de la servidumbre hacían que me horrorizara de mí mismo, pero curioso es el destino que nunca me he arrepentido en realidad, jamás he pedido perdón a Dios por sentir lo que siento, porque, si bien no soy ningún experto en el tema, no hace falta serlo para saber que lo que sentía en ese entonces, y sigo sintiendo, es amor, y eso de ningún modo podría estar mal.

Pasaron los días y finalmente se hizo oficial mi compromiso con una princesa, cuyo nombre ni siquiera recuerdo. Las pocas palabras que crucé con ella me hicieron pensar que al menos podríamos ser amigos a futuro, era una joven con carácter, y a leguas se veía que era astuta, sin duda, pensé que tendría mucho que aprenderle.

El reino entero pareció regocijarse con la noticia, todos se veían felices, pues con mi boda veían un futuro más próspero, todos, nobles y plebeyos, parecían sonreír más, todos menos un hombre. Quizá era mi imaginación, pero desde que se había anunciado mi compromiso, sentía que Joan se había distanciado un poco de mí, espiritualmente, claro, pues su trabajo era estar cerca de mí físicamente, pero había dejado de sonreír, y lo que más me alarmaba era que sus ojos habían dejado de brillar, como si de la nada su luz interior se hubiese extinguido.

En cada ocasión que intenté hablarle, él simplemente agachaba su cabeza y contestaba débilmente que no ocurría nada, e inmediatamente cambiaba el tema de conversación. Intentó convencerme de su supuesto bienestar en muchas ocasiones, mientras yo por dentro

me retorcía de rabia, sólo de imaginar que alguien le había hecho daño, sin saber que el culpable era yo mismo.

Las cosas siguieron así hasta un día antes de mi boda; no pude seguir aguantando, mientras él, junto con otros sirvientes, preparaba mi habitación para dormir, decidí tentar a la suerte y dejar mi destino en manos del creador.

— ¡Salgan todos! ¡Ahora!, — exigí, utilizando un tono de voz que nunca se me había escuchado. Lógicamente todos obedecieron, y cuando Joan estuvo a punto de retirarse le detuve, tomándolo del brazo.

— Tú no, tú debes responderme ahora mismo: ¿qué es lo que te atormenta? — Estuvo a punto de responderme de la misma manera, pero lo interrumpí: te juro que no duermo bien, apenas y puedo comer pensando qué es lo que te aqueja. Quiero ayudarte, pero no podré hacerlo si no eres honesto conmigo... No tienes idea de lo que significas para mí, haría derramar un río de sangre para castigar a la persona culpable de tu sufrimiento.

Él pareció confundido al principio, pero posteriormente su rostro pasó a mostrar aflicción.

— Majestad, no debe preocuparse por los sentimientos de su sirviente, no soy digno de recibir su atención. — Respondió mientras apretaba sus manos en puños, al punto en que sus nudillos se habían tornado aún más blancos de lo que eran.

— Tú eres digno de recibir la atención del mundo entero, y aun así no bastaría... Quisiera poner el mundo a tus pies y a tu servicio, pero no me es posible, no tengo ese poder, y quizá nunca lo tenga, así que, de momento, deberás conformarte con tenerme a mí a tus pies.

— Pero, señor... Yo... yo no...

Intentó hablar, pero un montón de lágrimas comenzaron a bajar de sus hermosos ojos. Entonces, tomando valor de algún lugar proveniente de mi corazón, me impulsé a besarlo, dejando ir en ese beso mis más grandes miedos, mi deseo contenido durante años por probar aquella gloriosa boca que se movía con torpeza junto a la mía. Suspiré agradecido al sentir que sus manos viajaban hasta mí nunca

para profundizar el beso y que, lejos de rechazar y repudiar, su lengua se abrió paso entre mis labios, pidiendo un sutil permiso para jugar con la mía.

La sensación era única, indescriptible, había fantaseado con ello una y mil noches, y aun así nunca habría podido estar cerca de descifrar con exactitud cómo sería la sensación de tenerlo en mis brazos. Sin saber muy bien cómo fue, ambos llegamos hasta mi cama, yo debajo de él, demasiado juntos, como si los dos tuviéramos miedo de que, si dejábamos, aunque sea la mínima distancia, no volviéramos a estar cerca de nuevo.

Esa noche me amó como siempre desee que lo hiciera, como yo lo hice con él y, por primera vez en mi vida, dejé de desear ser otra persona, dejé de anhelar haber nacido en otra época o en otra vida, porque, de haberlo hecho, quizá sería libre, pero no lo tendría. Cuando el amanecer comenzó a resbalarse por mi ventana, yo seguía besando aquellos hermosos lunares de su rostro que nunca me cansaría de admirar, y entonces la angustia se apoderó de mi pecho, debía casarme ese día.

Me puse de pie rápidamente y él me miró con aquellos ojos cristalizados con los que me miró anoche, y eso me bastó para tomar una decisión...Prefería renunciar a todo y ser egoísta, antes que perderlo a él.

— Debemos irnos ahora, antes que vengan a buscarme. — Le dije, mientras tomaba su ropa y se la acercaba para que comenzara a vestirse. Él me miró como si le hubiese hablado en una lengua diferente y, sin moverse ni un milímetro, me contempló mientras me vestía.

— Joan, nos iremos de aquí los dos, no me importa el trono, ni mi padre y ni siquiera el reino; si le hace falta un heredero, mis hermanas pueden gobernar, en todo caso seguro lo harán mejor que yo.

— André, ¿qué estás diciendo? ¿En verdad renunciarías a todo por mí?, — preguntó aún sin poder creerlo.

Yo tomé su rostro entre mis manos para que me mirara: — Renunciaría a todo por mantener el firmamento en tus ojos, pues eso es lo único que me mantiene con vida, — le respondí.

Él se lanzó a abrazarme y después de un largo beso se visitó rápidamente para entonces los dos salir tomados de la mano. Sorprendentemente pasamos desapercibidos con gran facilidad y logramos salir del palacio, tomamos un par de corceles de los establos y partimos juntos, sin dirección ni rumbo fijo.

Quizá mi padre me odiaría, el pueblo me maldeciría y mi madre y hermanas me llorarían, pero tenía claro que ahí nunca sería libre, jamás sería feliz viviendo una mentira, no me sentiría nunca completo, prefería renunciar a todo antes que vivir soñando en una eterna fantasía. Ahora, mi tesoro que creía inalcanzable yacía a mi lado; mientras cabalgábamos al horizonte pude ver de nuevo la luz en sus ojos y eso me hizo saber que había tomado la decisión correcta.

...

Mucho tiempo después, supe por rumores que en el reino me dieron por muerto, habían dicho que un traidor había ingresado a mis aposentos y nos había asesinado a mí y a Joan mientras dormíamos, dijeron que había sido alguien de la entera confianza de mi padre y que, por lo mismo, jamás se dio cuenta de que él enviaba información sobre mí a nuestros enemigos, y que además llevaba meses planeando esa horrible tarea.

En un comienzo me había parecido ridícula la manera en que habían justificado nuestra ausencia, pero pronto comencé a notar cosas que hicieron que me inquietara. Desde que salí del palacio, el tiempo parecía congelarse para mí, llegó un punto en el que ya no distinguía el pasar de las horas; sin darme cuenta dejé de sentir hambre y sed, y mi presencia pasaba desapercibida por donde quiera que fuese. Pero no era yo el único, a Joan también le pasaba.

Nos preguntamos en muchas ocasiones lo que nos sucedía, pero al no hallar una respuesta, con el paso del tiempo, dejaron de importarnos las razones, ya no cuestionábamos nuestra falta de envejecimiento o por qué podíamos ir y venir con el viento como si de la nada nuestros cuerpos se hubiesen convertido en hojas de árboles. Lo único que sabíamos es que estábamos juntos y que lo estaríamos toda la vida, o quizá incluso después de la muerte.

Sophia Fernanda R.

El ánimo de Miriva

Por las calles del pueblo costero de Miriva se exuda un ambiente perpetuamente sofocante. Los lugareños son escuetos, cortos de mirada y con un estilo de vida de lo más ordinario. Nunca pasa nada nuevo ni hay mucha presencia externa y ellos lo prefieren así.

La rutina constituye seguridad y total control sobre lo que los rodea. No hay un sólo aldeano que no tenga las marcas distintivas de lo que significa la vida en Miriva: el perpetuo entrecejo cargado de tensión contenida y la espalda encorvada con rigidez.

Cualquier foráneo que caminara por aquellas calles con polvareda notaría la mirada un tanto vidriosa de la gente y los ojos inyectados en sangre de los ancianos, quienes dictan la ley de vida de toda la comunidad. Es posible que ese mismo foráneo se preguntara entonces la razón detrás del sentimiento de inquietud que se cierne sobre el pueblo y buscará respuestas, pero es seguro que ni un sólo aldeano abriría la boca para saciar su curiosidad.

Lo más que algún alma se atrevería a decirle sería una frase que constantemente se recita a los más jóvenes y empedernidos de la comunidad como ley imperativa: “Jamás se te ocurra buscar lo que no has perdido. Mucho menos en las aguas de la playa al anochecer, pues el ánimo que asola la costa sería capaz de hacerte perder la esencia misma de tu ser y no podrás volver”.

Tales palabras sonarían más como un proverbio de leyenda para cualquier forastero que, confundido, restaría importancia a su significado y al final rehuiría de Miriva con la perpetua sensación de haber esquivado una tormenta; no obstante, para aquellos lugareños, esas palabras esconden la más crítica de sus enseñanzas.

Los adultos recuerdan vívidamente el suceso que lo cambió todo y se esfuerzan en introducir el miedo en los corazones de los más jóvenes, llevando las riendas del pueblo con manos de acero.

Hay un toque de queda para todos los pobladores al atardecer, y nadie puede abrir las puertas de los hogares hasta que el primer rayo del sol se deja entrever. Las mujeres no pueden moverse en libertad,

a menos que estén acompañadas de un guardián. Los niños se instruyen bajo la supervisión de los ancianos, quienes comparten la sabiduría ancestral; en tanto las niñas son adiestradas por las amas del hogar en todo lo necesario para mantener a flote la vida en familia, siempre sabiendo su lugar dentro de su comunidad.

Los ojos de los ancianos escudriñan entre los jóvenes, monitoreando el progreso de su educación, asegurándose de que Miriva sigue siendo un lugar seguro, pacífico y libre de posibles influencias mal habidas. La ley del pueblo se imparte con puño de hierro y nunca se hacen concesiones a los transgresores. Si bien los castigos varían dependiendo de la gravedad del crimen, ninguna persona argumenta contra el veredicto por temor al castigo máximo de Miriva: ser desterrado y arrojado al mar al ponerse el sol.

Eso significa una muerte segura, pues el ánima que recorre las aguas devorará tu alma sin más. Y ese es el mayor temor de los habitantes de Miriva. Sólo hay registros de haberse impuesto una vez ese castigo. Los jóvenes han podido saber de ello a través de las enseñanzas de los ancianos, pero desconocen a ciencia cierta el acontecimiento, y la curiosidad no es un rasgo permitido en el pueblo. Preguntar por lo desconocido o cuestionar lo establecido transgrede en gran medida la vida en Miriva; por lo cual, la sola idea de cuestionar a los padres al respecto resulta no menos que ridícula.

Todo lo que los jóvenes han llegado a dilucidar es que el transgresor que fue condenado a morir en el exilio fue una joven llamada Pahua, y era la hermana menor del ahora jefe del pueblo, el anciano Mapec.

Mapec jamás pronuncia palabra alguna sobre su hermana, pero sus rasgos se endurecen siempre que debe impartir castigo y amenaza con el destierro. Su piel de cacao está cubierta de arrugas y jamás emula el más mínimo dejo de sonrisa. Pese a la eterna mancha de la sombra de su hermana, la familia de Mapec ha proliferado con abundancia. Cinco hijos y tres nietos evidenciaban el pasar del tiempo y uno diría que al liderar Miriva su vida estaba colmada de plenitud; no obstante, una congoja latente le atenazaba el pensamiento, especialmente al mirar a la menor de sus nietas, Tusla.

La joven era dulce y tranquila, siempre al servicio de su familia y con un respeto a sus ancianos; sin embargo, desde hacía tiempo Ma-

pec había empezado a sentir extrañeza al verla y no terminaba de entender la razón. Tusla se comportaba como siempre y no parecía haber ningún problema con ella en la aldea, pero era indudable que un destello singular parecía brillar en sus ojos.

Y Mapec sólo había visto tal destello una vez antes. Sólo los ojos de Pahua habían brillado así. Al contemplar a su nieta, sus recuerdos regresan y no puede evitar sentir que el caos está por desatarse.

Por su parte, la joven Tusla, ignorante de los pensamientos que atormentan a su abuelo, continúa ayudando a su madre a lavar ropa en las afueras del pueblo. Eso era lo más que cualquiera tenía permitido alejarse, sobre todo cerca del toque de queda.

Tusla tiende las prendas con premura, percatándose de la nula vigilancia, y apenas termina con su tarea, corre rápidamente bajando por la vertiente hacia la costa, aquella zona prohibida donde el ánimo residía, con una sonrisa en sus labios y la mirada expectante. Hace tiempo que ha perdido el temor al mar y aprovecha cualquier oportunidad para ir a la costa, donde una presencia siempre la espera entre las rocas.

Al acercarse, el corazón de Tusla empieza a latir acelerado y un cosquilleo le llena el estómago mientras saluda a su amiga secreta, una especie de hada submarina. La criatura es singularmente hipnotizante, con ojos nebulosos como las profundidades del océano y escamas iridiscentes recorriendo la piel de sus brazos y abdomen, sus piernas terminan en un par de aletas que lucen tan delicadas como plumas.

Tusla adora pasar las tardes decorando su cabellera con conchas que encuentra en la orilla, mientras su amiga tararea canciones y le cuenta la historia de lo que hay más allá de Miriva: le ha dicho que hay lugares increíbles que podría visitar, gente maravillosa que también gusta de pasar tiempo con las hadas del mar y que, si es el deseo de Tusla, ella podría llevarla a conocer todo eso, pero Tusla aún está temerosa de tomar cualquier decisión. Sabe que el precio de esa elección es alto, ya que probablemente no podría regresar jamás, justo como la hermana de su abuelo.

“Pahua vive dichosa recorriendo el mundo con otra hada marina”, había comentado su amiga una vez. “Conoció a una de mis herma-

nas en esta misma costa y decidió irse con ella. Mi hermana la eligió como su compañera y, al aceptar, Pahua recibió el regalo de la longevidad de su amada. Ahora visita nuevas costas con mi hermana, pero procura jamás volver a estas aguas por el dolor de saber que su hermano no aceptaba su elección. Aún hoy en día le duele”.

Tusla se sorprendió mucho al conocer la verdad detrás de la leyenda que atemoriza a su pueblo, pero sabe que su abuelo jamás le dejaría contar la verdad y provocar el caos entre los aldeanos. Debe tomar una decisión, aunque de cualquier forma ponga en peligro a su corazón. ¿Puede tomar la mano del hada submarina y arriesgarse a ver otra vida más allá de lo que conoce, sabiendo que jamás podría volver a los brazos de su familia?, ¿o se puede conformar a vivir el resto de su vida en Miriva, callando la verdad sobre el peligro de las ánimas, mientras su corazón late por volver a ver a aquella dulce criatura a la que le ha dado su corazón?

El tiempo se acaba para ella, pues el hada no puede permanecer muchos más días en las costas, y es seguro que reforzarán la vigilancia para que nadie vuelva a aproximarse a la orilla, en caso de que la descubran fuera de casa tras el toque de queda. “Realmente quiero que vengas conmigo”, le susurra la bella criatura. Sus frentes se juntan y el hada submarina deposita un corto beso en la comisura de los labios de Tusla. “No imagino seguir recorriendo los mares sin ti, pero, si al final decides quedarte... llenaré las costas de perlas para ti, esperando que alcances a verlas y pienses en mí”.

Tusla convence a su amada de volver mañana para saber su decisión y sube con rapidez la pendiente antes de que el último resquicio de luz solar desaparezca. La joven se toma un momento para recuperar el aliento, apenas logra su cometido, sus ojos se llenan de angustia porque Mapec aparece furibundo frente a ella.

La luz del quinqué apenas es una mota entre la oscuridad de la noche y magnífica la aterradora mirada de Mapec, mientras Tusla se encoge de miedo al contemplarlo. De más están las palabras o cualquier explicación, porque sabe que ha roto la ley del pueblo, y aunque no teme al exilio por una posible muerte a manos de las ánimas, Tusla cree que cualquier acción de su abuelo puede traer terribles consecuencias.

“Han pasado más de cincuenta años y aún recuerdo el horror de ver a mi hermana hipnotizada por aquellos monstruos —dice Mapec con furia— aunque intenté eliminar a la criatura y alejar a Pahua de la costa, al final su alma estaba tan corrompida que no dudó en arrojarse al mar antes que volver a la normalidad”.

El rostro de Mapec se ensombrece con una mirada asesina y toma a Tusla por el antebrazo con dureza. “No volveré a cometer el mismo error dos veces. Un alma corrompida ya no puede curarse y tu presencia sólo serviría para volver a alterar la paz de Miriva”, sentencia el anciano mientras arrastra a Tusla hacia el acantilado. “Tu muerte servirá de recordatorio a todos sobre el peligro de las ánimas, así que no será en vano. Debes pagar la sentencia por romper nuestra ley de vida. Espero que tu alma halle la paz en la otra vida”.

Pesé a los intentos de resistencia por parte de Tusla, Mapec la asfixia hasta que pierde el conocimiento y, sin miramientos, la lanza al vacío. El anciano ve cómo el cuerpo de su nieta cae al mar y se hunde entre las olas. Al darse la vuelta, vislumbra una aleta iridiscente entre la marea y jura mantener a su gente protegida de aquellos seres viles. Maldice su existencia, mientras sus pasos regresan por el camino que lleva al pueblo, su expresión cambia ligeramente a una atormentada, con una imperceptible lágrima bajando por su mejilla. En la costa, la marea arrecia y las olas se elevan a niveles jamás vistos, mientras el estruendo camufla los gritos lastimeros de una criatura submarina.

Luisa V. Cruz

En el fin del mundo

“Un virus que causa efectos semejantes a la rabia”... “¿Estamos frente a una nueva pandemia?..”

Era algo de lo que se podía escuchar en la enorme pantalla de televisión de aquella habitación de hotel. Sin embargo, su ocupante, Lee Seojoon, no prestaba la mínima atención, pues estaba demasiado concentrado en su celular con un juego que había descargado por recomendación de sus amigos. Mientras deslizaba sus dedos por la pantalla, lanzó un bostezo, al mismo tiempo que maldecía el *jet lag*.

Cuando cambiaba de nivel, tomó el control remoto a tientas y apagó la televisión; sin darse cuenta de cómo sucedió, esa breve distracción sirvió para que perdiese la partida que estaba jugando, haciéndolo suspirar pesadamente, mientras dejaba el teléfono de lado. Sin mucho ánimo, hundió el rostro en la almohada, diciéndose a sí mismo que debió dormir más tiempo y que necesitaba aprovechar la tranquilidad que le daba el tener una habitación para él sólo.

No es que disfrutara la soledad, pero definitivamente no le encantaba la idea de compartir habitación con Juwon, su mejor amigo, pues al estar acostumbrado a que le atendieran, solía hacer un desastre estando solo y, por otro lado, no se creía capaz de compartir con Taeyang, quien también era su amigo, pero además era su *crush* de toda la vida. De estar con él a solas seguramente se volvería un mar de nervios y estaría en estrés constante.

Seojoon bostezó una última vez antes de tomar fuerza de voluntad y levantarse, de cualquier forma, no se dormiría de nuevo. Estaba a punto de dirigirse al baño para lavarse la cara, cuando un sonido lo hizo gruñir en voz baja, era su teléfono sonando. “Ju” se podía leer en la pantalla, él lo tomó y contestó con pesadez.

— Buen día, —expresó sin mucho ánimo.

— ¡Seojoon! ¡Me tenías preocupado! ¿Estás bien?, —la voz siempre ecuánime de su mejor amigo sonó aterrada y eso fue suficiente para que Seojoon se alarmara.

— Juwon, estoy bien. ¿Qué pasa?

— Yo..., —respondió rápido y su voz sonó agitada.

— ¿Qué pasa? ¿Te pasó algo?

— Yo, salí al gimnasio esta mañana, estaba en el primer piso, y entonces... vi unos empleados pelearse, y... uno de ellos... mordió al otro, le mordió el cuello, había muchísima sangre...

Seojoon se quedó en silencio esperando que su amigo continuara.

— Está en las noticias. Al parecer es un nuevo virus, hace que las personas actúen como si estuvieran furiosas, y muerden, dicen que es parecido a la rabia, pero Joon...se están comiendo a las personas, se comen entre sí.

Seojoon se olvidó de cómo respirar después de escuchar esa última oración. Nada de eso tenía sentido.

— ¿Zombis?, —se atrevió a preguntar, sintiéndose algo estúpido con la pregunta.

— Sé que es una locura, pero te juro que yo los vi, y está en las noticias, en todos los canales. ¡Simplemente ve por la ventana!

Él obedeció y se asomó por la ventana, al estar en el décimo piso pudo ver con claridad una cantidad considerable de personas corriendo en todas direcciones, unos siendo perseguidos por cosas que apenas se pueden reconocer como humanos, quienes corrían tras ellos desesperados por morder.

— Escucha Joon, unos empleados lograron ponernos a salvo a unos cuantos, estamos confinados en la *suite* presidencial, pero no logro localizar a Taeyang, no han dejado que nadie salga...

Inmediatamente Seojoon empezó a sentir uno de sus ataques de pánico. Comenzó a respirar lentamente, intentando aferrarse aún más al celular en su ya temblorosa mano, necesitaba tranquilizarse y no dejar que su imaginación volara.

— ¡Seojoon! ¿Estás ahí?, —escuchó la voz del otro lado de la línea.

— Tae..., —susurra notando que su voz se ha evaporado. —¿Él se quedó en su habitación?

— Sí, escucha, logré hablar con los contactos de mi padre en la embajada americana, nos van a sacar de aquí, pero no saben en cuánto tiempo, de momento sólo me han dicho que no debemos salir.

En esos momentos Sejoon agradeció tener un amigo con un padre millonario y se prometió a sí mismo soportar todos sus futuros berinches, si es que sobrevivían, claro.

— Iré por Taeyang a su habitación, y después iremos juntos a la *suite*, —declaró.

Sin esperar una respuesta de su amigo colgó, tomó su billetera y su teléfono celular, para después salir. Corrió, sin pensar, por el largo pasillo de su piso hasta llegar a los ascensores, presionó el botón, pero a los pocos segundos se cansó de esperar y decidió bajar por las escaleras, después de todo era sólo un piso.

Cuando llegó al piso indicado y se encontró frente a la puerta de la habitación de su amigo, tocó un par de veces, pero no hubo respuesta, por lo que decidió llamarlo, el timbre del teléfono sonó tres veces hasta que la llamada fue tomada.

— ¿Hola?, —la voz profunda y adormilada de Taeyang le devolvió inmediatamente el alma al cuerpo y Sejoon se permitió dejar caer la cabeza contra la puerta, suspirando aliviado.

— ¡Te hemos estado llamando! Ábreme, he venido por ti.

En ese momento un sonido a su izquierda logró ponerlo en alerta.

— Tae... abre la puerta, —suplicó en voz baja.

No supo si su amigo lo escuchó, pero rogó que sí, metió rápidamente el teléfono en su bolsillo y se pegó más a la puerta, sin dar mucho crédito a lo que estaba viendo. Había un hombre al final del pasillo, quien al verlo comenzó a avanzar en su dirección, caminaba muy lento, incluso parecía torpe, pero gruñía de una forma espeluznante y el hecho de que le faltaba un ojo y tenía los brazos con los huesos expuestos no ayudaba.

Después de una espera que le pareció eterna, la puerta frente a él se abrió y Sejoon inmediatamente empujó a Taeyang dentro y cerró la puerta. Sin preguntar se apresuró a tomar una silla y trabó la puerta con ella, tomando la mano de Tae por inercia, sintiéndose seguro.

Pudo sentir su cuerpo temblar y la respiración agitarse.

— ¡Joon? ¿Estás bien? ¿Qué sucede?

No. Definitivamente no estaba bien, acababa de ver un maldito zombi afuera en el pasillo.

— Tenemos que ir a la *suite* presidencial, ahí nos está esperando Juwon, —dijo Seojoon, incapaz de hablar sobre lo que acababa de suceder.

Taeyang asintió confundido, mientras intentaba acomodar su cabello, el cual estaba relativamente largo, le caía con gracia sobre su frente con bellas ondas castañas, haciendo que Seojoon se preguntara internamente si Tae tenía un estilista bajo la cama, porque no existía posibilidad de que un humano despertara viéndose así de hermoso.

— ¡No! ¡Espera! Podría seguir ahí..., —Seojoon recordó de pronto.

— ¿Quién? ¡No entiendo nada! ¿Qué está pasando?

— Zombis, Tae, hay zombis afuera.....

Explicar la situación no resultó algo tan complicado, de cualquier forma, no había mucho que se pudiera explicar, Seojoon se concretó a resumir los hechos, desde la llamada de Juwon hasta su encuentro con el tipo a medio comer del pasillo.

Taeyang no tuvo tiempo de preguntar, pues una llamada de Juwon los interrumpió.

— ¡Por favor dime que estás bien! ¿Dónde estás?, —preguntó el chico al teléfono.

— Estoy bien Ju, estoy con Tae en su habitación, estamos a salvo.

— ¡Gracias al cielo! Escuchen atentamente: en una hora llegará un helicóptero por nosotros. Nos llevará a un avión privado y regresaremos a Corea. Les avisaré unos veinte minutos antes de que nos recojan.

— De acuerdo, haremos lo posible para llegar.

— Estaremos bien, estoy seguro.

Después de intercambiar algunas palabras más de aliento, los chicos colgaron la llamada, sin nada más que esperar.

...

— ¿Alguna vez pensaste que estarías conmigo en el fin del mundo? Cuestionó de pronto Taeyang. Seojoon lanzó una risa sin mucho ánimo.

— Jamás pensé que algo como esto pudiera llegar a suceder... pero... me siento feliz de estar contigo, —dijo, sonrojándose.

Taeyang lo pensó por un minuto. — No es verdad, apuesto que tú habrías elegido estar con Juwon, —volvió a hablar.

— Sólo si estuviéramos en su mansión y tuviera a la mano todos sus videojuegos, —respondió Seojoon, haciendo reír a su amigo.

— Tampoco pensé que algo como esto pudiera suceder. ¿Sabes? Es lamentable... Ahora que veo a la muerte de cerca siento que hay muchas oportunidades que he desperdiciado, principalmente por... cobardía...

— ¿De qué hablas?, —cuestionó Seojoon, mirando de frente al chico, invitándolo a continuar.

— Nos conocemos desde niños y siempre te he dicho cuánto te quiero, pero nunca te he dicho de qué forma... No es sólo como amigo... Es más que eso, y lo peor es que una parte de mi está segura de que soy correspondido, porque cada vez que te miro a los ojos veo un pozo infinito de sinceridad, y veo que tus ojos me miran a mí, sólo a mí... Y eso me hace sentir la persona más feliz del mundo.

Seojoon en ese momento sintió que el corazón le explotaría. ¿Taeyang? ¿Su adorado Taeyang se le estaba confesando? Sonrió ampliamente, mientras sentía su rostro calentarse y se animó a tomar la mano de nuevo del chico y se colocó más cerca de él.

— Así es, sólo a ti; pero creí que no te habías dado cuenta, siempre te sentí tan inalcanzable, tú eres tan brillante, como caído de las estrellas, y yo soy tan... simple.

— Eres una persona sencilla, pero eso no te hace simple, tú eres mi complemento, Joon; pero tenía miedo de aceptar mis sentimientos

por ti, hay muchas cosas que me asustan respecto a esto, pero, si de todos modos el mundo se va a acabar, ¿qué más da si decimos las cosas ahora?

— Yo también tenía miedo, Tae, miedo de que no me correspondieras y te alejaras de mí... Qué triste que tuviéramos que esperar a un apocalipsis zombi para poder confesar nuestros sentimientos sin miedo, —respondió Sejoon, acariciando con ternura el rostro de Taeyang.

— Si el mundo no fuese tan cruel no habríamos tenido que esperar...

— Tal vez...Pero ahora ya no importa, lo que importa es disfrutar el tiempo que tenemos ahora.

— Promete que no soltarás mi mano, que te quedarás junto a mí y, si sobrevivimos, no volverás a soltarme, —dice Taeyang, acortando aún más la distancia entre ambos.

— No habría soltado tu mano nunca de cualquier forma, menos ahora, así que es una promesa, Tae; estaré contigo siempre.

Entonces acortaron por completo la distancia y se besaron por primera vez. Era un suave roce, apenas un contacto de labios, pero era cálido, dulce y perfecto. Al concluir, sus ojos se abrieron y las sonrisas no tardaron en aparecer, sabían que ya no había que pensar en las razones, ni en los miedos, sólo debían sentir.

— Te quiero, Joon. ¿Quieres ser mi novio?, —preguntó Taeyang en un susurro, sus frentes seguían pegadas y sus manos entrelazadas.

— Yo también te quiero, y sí, acepto, aunque habría deseado preguntarte yo a ti, —responde Sejoon, juntando de nuevo sus labios.

Entonces un celular sonó, haciendo que ambos se separaran, mas, como lo prometieron, sus manos no se soltaron.


— ¿Sí?, —contesta Sejoon.

— Están por llegar, deben moverse ahora, nos vemos en la azotea, por favor cuídense mucho los dos, — les dice Juwon del otro lado de la línea.

— De acuerdo, también tú, —respondió Sejoon y colgó.

Ambos se miraron sabiendo que la hora de enfrentar sus miedos había llegado, sabían que no habría otra oportunidad, y que se trataba de luchar o morir. Volvieron a juntar sus labios rápidamente, diciendo con ese gesto lo que las palabras no alcanzan a decir, ambos corazones latiendo como uno sólo. Ellos internamente se preguntaban si lograrían sobrevivir y tener una vida juntos. Se aproximaron a la puerta, armados únicamente con una lámpara de mesa, y salieron de la habitación mientras seguían tomados de la mano.

S Kim.



La Unidad de Impresiones Urgentes (UiU) es un dispositivo editorial concebido para producir memoria de acontecimientos e iniciativas que buscan construir comunidad desde y para el presente. Cada pieza que se realiza apuesta por expresar la circunstancia que la genera, tanto en lo conceptual como en su materialidad y circulación, la UAM Cuajimalpa es la base de operaciones.

Crónicas de un corazón multicolor.
Narrativas LGBTQ+ de la UAM-C
se imprimió en junio de 2024.

El cuidado editorial estuvo a
cargo del Proyecto Editorial
de la Universidad Autónoma
Metropolitana, Unidad Cuajimalpa
(UAM-C)

El tiraje constó de 50 ejemplares.

